

PRINCIPIOS ÉTICOS Y POLÍTICOS EN "LA ILIADA"

por el Académico DR. HORACIO SANGUINETTI

Pese a remotos antecedentes, el pensamiento ético y el pensamiento político no se ordenan sistemáticamente hasta la consumación del "milagro griego". Lo mismo sucede, fuerza es advertirlo, con todas las otras ramas del saber, todas las ciencias y todas las artes.

El florecimiento cultural más formidable de cualquier tiempo tuvo lugar en Grecia, de manera aparentemente *milagrosa*, o sea, sin causas ostensibles que lo determinasen. Lo cierto es que su pueblo semibárbaro, que no se diferenciaba demasiado de otros contemporáneos, protagonizó una suerte de "explosión" cultural. En ese momento se plantearon, en profundidad, los grandes problemas que todavía preocupan al hombre occidental.

Grecia se fue poblando por diversas migraciones e invasiones.

Las principales serían la cretense y la aquea, proveniente de Tesalia. Pareciera que allá por 1250 a. C., los aqueos arrasaron la ciudad de Troya, que dominaba estratégicamente los Dardanelos y las rutas comerciales del Mar Negro. Poco después predominaron los dorios y finalmente los jonios, que sumaron connotaciones orientales a la formación cultural griega. Hacia 700 a. C., Grecia era un auténtico crisol de razas, donde se desarrollaban las *polis*, las ciudades-estado, bases del futuro esplendor democrático. Todavía regidas por reyes, a veces se coaligaban entre sí y ejercían hegemonías territoriales relativamente vastas.

En ese siglo aparece, en Jonia, Homero. Como tal conocemos al rapsoda, reputado autor de un ciclo poético

que marca el surgimiento de la épica y en buena medida, de toda la gran cultura griega.

La existencia física de Homero es discutible. En todo caso, las obras que se le atribuyen, así como llegaron hasta nosotros, carecen de unidad *absoluta* y parecen provenir de varios creadores. Una lectura de primera vista, permite sospechar que los cantos estén interpolados, adicionados por sucesivas manos en un proceso creador común, al transmitirse verbalmente de generación en generación.

Las tradiciones atribuyen a Pisistrato haber ordenado, en el siglo VI a. C., la redacción definitiva por escrito.

Los cantos homéricos de que disponemos son fundamentalmente dos: *La Iliada* relata pasajes culminantes del sitio de Troya o Ilión, por los aqueos; y *La Odisea*, el catastrófico regreso a su patria de los vencedores, luego del saqueo de la ciudad. *La Iliada*, descarnada, broncea y humana, es algo distinto de *La Odisea*, fantasiosa, deliciosamente femenina —diríamos—, en la concepción y el estilo. La enorme belleza de los poemas y su unidad integral, sustancial, evidente si se descartan contradicciones anecdóticas, hace sin embargo pensar en *un* creador, de rara genialidad.

Por eso, sin adentrarnos más en el “problema homérico”, y si se quiere continuando una cómoda tradición, seguiremos refiriéndonos a Homero, descontando su existencia y su autoría.

I. *La ética*

Al aproximarnos a la obra homérica una primera observación ética se impone: ¿Cuál es la actitud de Homero ante la guerra? Pues si estos cantos exaltan el espíritu bélico, será difícil hablar de ética.

La guerra, en sí misma, nos parece la reina de los espantos, la suprema negación de la humanidad a sí misma y a su creador.

Algo de esto se plantearon los contemporáneos del aedo, según surge de una anónima parábola de la época: Hesíodo y Homero habían coincidido casualmente en la corte de Calcis, donde se celebraban los funerales del rey Anfidamante. Ambos contendieron en espléndido contrapunto, exactamente lo que los criollos llamaríamos “paya-

da". Y aunque la muchedumbre se inclinaba por otorgar la victoria a Homero, el rey premió finalmente a Hesíodo, por haber ensalzado las obras y los días de la paz, y no la guerra, como el otro.

Cierta primera impresión, superficial y apresurada, permitiría afirmar que Homero se solaza —como sus propios dioses grotescos—, en el espectáculo de la máquina bélica, en la batalla "destructora de hombres", en las lanzas "de larga sombra", en la terrible y oscura belleza de seres arrojados, sin razón, unos contra otros. Empero, un análisis más profundo descubre que Homero deploraba los desastres de la guerra; y aunque destaca el valor, el sentido del honor e inclusive, muy tempranamente, el deber de la defensa patriótica, señala la horrenda locura del conflicto. Lo dice expresamente en la culminación de aquel sobrecogedor pasaje del canto XIII, cuando los troyanos acosan a los aqueos junto a las naves: "como aparecen de repente las tempestades, suscitadas por los sonoros vientos, un día en que los caminos están polvorientos y se levanta gran nube de polvo, así unos y otros vinieron a las manos, deseando en su alma matarse recíprocamente con el agudo bronce por entre la turba...; y hubiera tenido corazón muy audaz quien al contemplar aquellos trabajos se hubiese alegrado y no afligido".

Tanto como en esta condenación explícita, la reprobación surge de todo el contexto de la obra: y en primer lugar, del funesto asunto que trata.

En efecto, los XXIV cantos de *La Iliada* relatan un período muy corto, aunque decisivo, de la gesta de Ilión, con "raccontos" de lo sucedido y predicciones de lo que vendrá. Forman parte de una saga más extensa, cuyo contenido puede resumirse así:

El príncipe troyano Paris, embajador ante el rey de Esparta, Menelao, ha escapado a Troya con la consorte del anfitrión, Helena, mujer de soberana belleza, "terriblemente" —califica Homero— terriblemente parecida a una diosa. El marido ofendido reúne una confederación de reyes, bajo el mando formal de su propio hermano Agamenón. Luego de inútiles tratativas, los aqueos comienzan un sitio no muy apretado, sin estrategias demasiado sutiles, consistente de hecho, en una suerte de torneo caballeresco diario. Los ejércitos se enfrentan, se producen due-

los singulares. Los troyanos, aunque han conseguido auxiliares, son inferiores en número.

Pero nadie intenta un asalto serio a la ciudad, ni sitiarse por hambre, aunque todos sueñan con el saqueo final.

La lucha se prolonga durante diez años. Los dioses, caricatura de las peores debilidades humanas, combaten a favor o en contra de cada bando. El destino, ineludible, está escrito y trazado. Ilión confía ciegamente en su príncipe Héctor, el mantenedor, el defensor. Se sabe que Aquiles, el aqueo más fuerte, ha de matar a Héctor y a su vez perecer de inmediato.

La Iliada comienza con la descripción de la cólera de Aquiles:

“Canta, diosa, el encono de Aquiles Peleyades, que, aciago, a los aqueos causó males sin cuento, y tantas nobles almas de héroes echó al Hades.”

La causa de esa ira es bastante subalterna. Aquiles riñe con el rey Agamenón por la posesión de una esclava. Constreñido a cederla, por consenso tácito de la asamblea de jefes, Aquiles se retira del combate, aunque tampoco decide regresar a su patria. A raíz de ello, y no obstante el valor de los otros príncipes, como Diomedes, ambos Ayaces, Odiseo, Idomeneo y los Atridas Agamenón y Menelao, Héctor logra revertir los papeles y sitia, a su vez, a los griegos en sus naves, luego de penetrar un muro defensivo que habían construido apresuradamente. Cuando el fuego comienza a incendiar los barcos, Aquiles atiende los ruegos de Patroclo, su escudero y amigo fraternal; le cede su armadura y le permite acudir en socorro de los compañeros maltrechos. Creyendo que Aquiles ha regresado al combate, los troyanos huyen perseguidos por Patroclo, hasta los muros de la ciudad. Pero allí Héctor le da muerte.

El impresionante dolor de Aquiles, que hace temer por su suicidio, estalla en una segunda cólera mucho más sombría y sanguinaria, que aplaca la anterior. Reconciliado con Agamenón, y revestido con la invulnerable armadura que forja Hefesto, dios del fuego, Aquiles cumple su venganza, masacrando a los troyanos. Héctor lo espera al pie de la muralla, para el duelo decisivo. Auxi-

liado Aquiles por Palas Atenea, Héctor muere previniéndole contra esa cólera que le traerá la de los dioses.

El vencedor arrastra el cadáver y pretende que los perros se ceben con él. Pero los dioses lo mantienen como intacto. Por fin, Zeus ordena que Aquiles lo entregue al rey de Troya y padre de Héctor, Príamo, quien llega sigilosamente hasta la tienda del matador, y recupera el cuerpo a cambio de inmenso rescate.

La Iliada concluye con las exequias de Héctor, el domador.

La Odisea relata el retorno de los vencedores de Troya. Aquiles fue muerto por Paris, como estaba previsto, y la ciudad cayó finalmente, a raíz del ardid del caballo de madera. Los saqueadores pagan su violencia con un regreso desastroso. Sufren calamidades sin cuento y, salvo excepciones, mueren violentamente.

Como puede advertirse, la saga de Troya es, argumentalmente, una condena fulminada contra los demonios bélicos.

La guerra no dio ventaja a nadie. Las salvajes alegrías del triunfo fueron fugaces, y los males, generales y perdurables.

En el Hades, lugar desapacible, los espíritus se reúnen antes de tiempo. Por eso el alma de Aquiles, en el canto XI de *La Odisea*, se niega a que la consuelen de la muerte. Y Ulises reconoce que "Ares se enfurece contra todos, sin distinción alguna".

La intervención divina distorsiona constantemente las acciones humanas. Los dioses registran presencias que elevan un tanto a la religión griega sobre los terrores del hombre primitivo, pero su antropomorfismo va acompañado de las peores condiciones del carácter humano. Casi parece como que Homero se mofase de estos dioses crueles, irracionales, golosos, lúbricos, inmensamente egoístas, que para intervenir en favor o en contra de los míseros mortales computan el número de sacrificios ofrecidos, de plegarias interesadas y de ex votos. Los motivos por los cuales Hera o Palas Atenea odian a Troya, anhelan su destrucción total, y emplean para lograrla todos los recursos de la astucia, la fuerza y la mala fe, son absolutamente subalternos y en un ser humano merecerían la mayor condenación moral. Zeus aparece revestido, por momentos, de una majestad cierta, pero en otros se comporta como un niño irri-

tado, y los demás no mejoran el cuadro general. La humanidad está a merced de estas divinidades con mucho de demonios. Y sujeta a la fatalidad. Hay que avanzar hasta el canto primero de *La Odisea* para hallar algo como un atisbo del libre albedrío.

De cualquier modo, la grandeza moral: los rasgos de amor, sacrificio, lealtad, amistad, piedad, aparecen primordialmente en los hombres y no en los dioses. Y todavía, aunque la cultura troyana surge idéntica a la griega, y la religión y los hábitos son comunes, su condición moral es más alta que la de los aqueos.

Todos los grandes autores que luego retomaron el tema troyano, han sentido así. Su predilección estuvo invariablemente por el pueblo sitiado y perseguido, que siendo menor en número, resiste heroicamente urgido —admite Homero en el canto VIII—, por la “cruel necesidad de proteger a sus hijos y mujeres”.

Virgilio retomó la leyenda de Eneas, el príncipe troyano que logra rescatar a su gente la noche fatal de Troya y que, vencedor de los rútulos, ancla en el Lacio y funda la estirpe gloriosa de la futura Roma. Dante coloca a Héctor y a Eneas, como justos, en el Limbo (canto IV), mientras Aquiles y Odiseo se consumen en los infiernos. Shakespeare recreó en *Troilo y Crésida*, una versión de la guerra donde los villanos son Aquiles y sus huestes; y hacia 1935, víspera de la gran hecatombe, Giraudoux, en *La guerra de Troya no tendrá lugar*, presenta a un Héctor hastiado del combate y vanamente empeñado en conservar la paz, frente al delirio pugnaz de sus contemporáneos.

La descripción del carácter de los diferentes personajes es una revelación originalísima en una épopeya primitiva. No existe el maniqueísmo del Ramayana, ni siquiera del Cid o de Rolando. Los héroes resultan hombres, aun en sus defectos, temores y caídas. Quizá por el gusto de engrandecer al contendiente, quizá también por un instinto de juego limpio, Homero califica a griegos y troyanos con elogios semejantes. La figura principal de *La Iliada* y por propia gravitación, es Héctor, el troyano. Pastor de un pueblo invadido y sitiado, despliega extraordinarias dotes personales, que hacen de él un prócer moderno: como ya señalara Lugones, el prototipo que luego imitará el caballero cristiano. En ambos existe nobleza similar, igual idea de servicio, parecida confianza en el auxilio divino.

Héctor posee, en grado perfecto, el verdadero valor, racional y sereno. No es un temerario que desconoce el miedo. En varias ocasiones: cuando enfrenta a Ajax, cuando huye ante Aquiles, muestra aletazos de un temor reflexivo, muy humano, que finalmente vence gracias a su heroica voluntad. Recordemos el pasaje conocido como "la agonía de Héctor", mientras espera a Aquiles, decidido a provocar el combate final:

¡Ay de mí si las puertas y muros traspusiera!
Polidamas lanzárame, primero, su reproche,
pues debía haber traído, como él me lo exigiera,
a la ciudad la tropa, aquella aciaga noche
en que el divino Aquiles se levantó. No obstante
desoí el buen consejo, y ahora que mi porfía
perdió a mi pueblo, temo lo que sospecharían
troyanos y troyanas de peplo rozagante.
No diga algún cobarde que en orgulloso afán
Héctor perdió a los pueblos, pues así lo dirán.

Y después de descartar la posibilidad de devolver a Helena y al tesoro tomado de Esparta, para llegar a un entendimiento con Aquiles, asume la terrible realidad:

¿Mas a qué abrigo en mi alma tan inútil quimera?
Si a implorarle acudiese, me mataría airado
sin piedad ni respeto por mí, cual si yo fuera
una mujer, de todas mis armas despojado. (...)
Mejor es que luchemos, y que pronto se vea
sobre quién el Olímpico la gloria señorea.

Todavía, en el momento de iniciar el duelo, Héctor propone un acuerdo digno y honorable. El vencedor se apoderará de las armas del muerto y devolverá el cadáver a los suyos, sin ultrajarlo. Igual trato había ofrecido a los aqueos en el canto VII, cuando desafía al duelo singular que, tras largas dilaciones, es aceptado finalmente por Ajax, incluyendo el pacto referido. Ahora, en cambio, la ferocidad del Pelida es incapaz de ninguna transacción, pues:

Mirándolo torvo, dijo Aquiles ligero:
—Héctor, a quien no olvido, no hables de convenciones.
Como no hay fiel alianza de hombres y de leones
ni es posible el concierto del lobo y el cordero.

Comenzado el encuentro, el troyano se mueve con destreza. Esquiva el golpe de Aquiles y en cambio, acierta el suyo. Pero las armas invulnerables de Hefesto protegen el rival. Para colmo, Palas Atenea le devuelve su lanza, mientras Héctor debe desenvainar una casi inútil espada.

Al notar que, por la estratagema de Atenea, ha quedado inerme, se inclina ante la voluntad divina y asume con gallardía su destino:

Y me engañó Atenea. Mala muerte he logrado
y no escaparé. De antes, así lo habrán querido
Zeus y su hijo el Flechero que hasta hoy me han
[protegido
benévolos. Mas ahora, que ya me alcanzó el Hado,
no he de caer al menos, baja y cobardemente,
sino haciendo algo grande que en los siglos se cuente.

No puede imaginarse una fórmula más perfecta en que se mezclen proporcionadamente la nobleza, la hidalguía, el coraje viril y el sentimiento por dejar la vida en la flor de los años.

El reflexivo valor de Héctor, cuando aún perdido busca una muerte honrosa, se vislumbra también en otro verso al que los griegos asignaron valor paradigmático, como resumen del voluntarismo en el servicio patriótico. Está en el canto XII, cuando su compañero Polidamante interpreta cauteloso el augurio que significa un águila de alto vuelo, que deja el pueblo a la izquierda y trae una sierpe en sus garras. Pero a Héctor no le impresionan los pájaros:

Ni en ellos paro mientes, ni me inquieta que, acaso,
por la derecha vayan hacia el sol y la aurora,
o por la izquierda tomen hacia el sombrío ocaso.
Sigamos los consejos del gran Zeus, por ahora,
que él sobre hombres y dioses, reina en el orbe entero.
Combatir por la patria, he ahí el mejor agüero.

Continuando el relato del combate, en un pasaje de oscura belleza, Homero describe el contragolpe de Aquiles, llena el alma de rencorosa fiebre:

Cual resalta entre todas la estrella de la tarde
a la nocturna hora de la ordeña brillando,

así un lampo en la aguda lanza de Aquiles arde,
cuando contra el noble Héctor la endereza, buscando
del bello cuerpo el sitio que menos se resguarde.

Entonces Aquiles hiera, de tal suerte, que Gómez Her-
mosilla en su traducción, se niega a mantener el "casi ri-
dículo —afirma— epíteto del texto: el *valeroso* Aquiles;
porque en efecto, para matar a mansalva a un hombre
desarmado, pues la espada de Héctor es como si no la
tuviese, no era necesario mucho valor".

Los aqueos llevan una conducta desordenada; abusan
del alcohol; disputan por las esclavas; duermen, así Aquil-
es y Patroclo, en la misma tienda con sus mancebas, y
resultan sospechosos de sodomía. Sus esposas son infie-
les o criminales, como Helena, Hermíone y Clitemnestra;
y la misma Penélope, incapaz de reconocer al marido lue-
go de algunos lustros, impresiona tanto cual un modelo
de estulticia como de constancia.

Frente a ellos, se destaca el trágico coraje del anciano
Príamo en el canto final, llegando audazmente a la tienda
de su mayor enemigo para reclamar y obtener el cadáver
del hijo bienamado.

Y nuevamente es Héctor quien, monógamo y jefe de
una familia ejemplar, ofrece el paradigma del amor ma-
rital y paterno, en el célebre canto VI, cuando se condeue
de la futura desdicha de su mujer Andrómaca; pues pese
a cuanto hace, sabe que vendrá día en que perezca la Santa
Ilión y aquélla sea esclavizada y constreñida a ir por agua
a las fuentes Meseida o Hiperea.

Y qué padre no ha compartido su ruego: que en el fu-
turo se pueda decir del hijo: "Pero éste vale mucho más
que su padre"...

El amor y la confianza que inspira Héctor en su vida
pública también los inspira en su vida privada. Por eso
aparece asociado a las notas líricas, raras en *La Iliada*,
como la mencionada despedida de su esposa y, sobre todo,
el memorable discurso fúnebre de Helena, a quien todos im-
putan la causa de la guerra:

Héctor, el más querido de todos mis cuñados (...).
Veinte años ha que desde mi patria hube llegado
sin que una expresión áspera o vil de ti haya oído.
Antes si en mi casa alguno de ellos me increpaba,
o cuñadas o esbeltas concuñadas, o suegra, (...)

tú al punto reprimíalo y su enojo calmabas
con la amable palabra que persuade y alegra.
¡Por eso, desdichada, de corazón te lloro,
que en la amplia Troya nadie se me mostrará blando,
pues han de odiarme todos!

La autoridad familiar de Héctor es inmensa, y asombra que los psicólogos no hayan señalado un “complejo de Héctor” para describir el comportamiento del hermano mayor, autoritario y paternalista. En tal sentido es demostrativa su conducta en el canto VI, cuando va en busca de Paris que yace con Helena mientras sus compatriotas luchan por su culpa; lo obliga a abandonar el lecho de la mujer más bella del mundo, armarse y acudir al combate; y ni el seductor ni la hermosa se rebelan, sino que obedecen en todo, y Paris pelea con denuedo reanimando el coraje de los suyos.

De paso diremos que Agamenón inviste, respecto de Menelao, su hermano menor, una autoridad semejante: “A menudo es indolente y no quiere trabajar —lo acusa en el canto X—; no por pereza o escasez de talento, sino porque, volviendo los ojos hacia mí, aguarda mi impulso”.

El esplendor épico de Héctor resulta soberano, y más aun que en su victoria sobre Patroclo, alcanza el cenit cuando abate las defensas aqueas e invade su recinto (canto XII):

Como un pastor que lleva fácilmente en la mano
el vellón de un carnero, por serle tan liviano,
Héctor alza la piedra y apunta a los unidos
y sólidos tableros que afianzan el portal;
traban las altas hojas dos cerrojos corridos
en sentido contrario, con un perno central.
Él de cerca afirmándose en las piernas abiertas,
para no errar su tiro, da en medio de las puertas.
La piedra hunde ambos goznes, en lo interior cayendo,
y las puertas retumban con un fragor tremendo;
y troza los cerrojos, y las tablas separa.
Héctor salta, brillando, por la brecha. Es su cara
cual la rápida noche, bajo el broncíneo lampo
de las armas. Dos lanzas lleva en sus manos. Nadie
hay, fuera de los númenes, que le dispute el campo;
nada que cual sus ojos inflamados irradie.

En todo momento, Héctor es la "peste de la guerra" para sus enemigos, y en distintos pasajes de la saga obtiene victoria sobre cada uno de ellos: Ajax, Menelao, Diomedes, Idomeneo, todos ceden alguna vez ante el mantenedor troyano. Hasta Aquiles le teme: como confiesa en el canto XX: "Ya no huiremos asustados, el uno del otro, por los senderos del combate". Tal afirma también Agamenón cuando disuade a Menelao de combatir con Héctor:

No quieras combatir por despecho con un hombre más fuerte que tú... cuyo encuentro en la batalla causaba horror al mismo Aquiles (canto VII).

En realidad, Héctor y Aquiles se batieron tres veces. Ni en la primera, recordada por Aquiles en el canto IX; ni en la segunda, relatada por Homero en el XX, hay un vencedor. El propio Aquiles, temeroso de la ignominia de ahogarse en el Escamandro, clama: "¡Ojalá me hubiese muerto Héctor, que es aquí el más bravo!"

El caudillo troyano conoce a la perfección las técnicas guerreras; por eso Ajax no logra herirlo en el canto XVI, y por eso él mismo le dice, antes de su duelo (canto VII):

Bien sé yo de combates y de carnicería;
a derecha e izquierda sé manejar la adarga
dar invenciblemente la arrolladora carga
o con mis raudas yeguas lanzarme de estampía.
Del pavoroso Ares sé a pie firme la danza;
mas no quisiera herirte con aleve acechanza
sino en la lid abierta donde te alcanzaría.

Sin embargo, parece evidente que, al revés de lo que ocurre con otros que se solazan en la aristía, Héctor no ama la guerra. Siempre busca la paz honorable, siempre procura asumir las peores responsabilidades, y cuando en el canto XV, los griegos, aterrados, huyen ante su ataque victorioso, en vez de promover una carnicería, se limita, casi simbólicamente, a matar a uno solo.

La contrafigura de Héctor es Aquiles, su adversario particular. Posee la juventud, la belleza y la fuerza salvaje, que los hombres siempre admiramos visceralmente. La descripción de su avance por el llano, cuando cae sobre Troya, vale por sí sola la inmortalidad:

Como el astro de otoño que alzándose esplendente centellea entre todos en la noche sombría, astro que sobrenombran "Perro de Orión", y el cual aunque es tan claro, viene con mal signo a traer abrasadores hábitos al mísero mortal; así el bronce brillábale en el pecho al correr.

Sin embargo, y a diferencia de Héctor, que domina sus pasiones, Aquiles es arrasado por todas ellas. Ante la ética moderna, su figura puede inspirar un cierto horror reverencial.

En primer lugar, está el pecado de ira. Ira que lo consume y provoca innumerables males a los demás hombres, amigos y enemigos; y a sí mismo. *La Iliada* es, en suma, la historia de sus dos iras sucesivas: la que concibe contra Agamenón y la que alimenta contra Héctor. Innumerables veces se menciona su corazón feroz y soberbio. Así lo califican Odiseo, Fénix, Ayax, Diomedes (canto IX), y Patroclo (cantos XI y XV), entre otros.

También se sabe que esas cóleras precipitarán su fin. Lo afirma él mismo, íntimamente convencido (canto XVIII), y se lo recuerdan su madre, el fantasma de Patroclo (canto XXIII) y, en un pasaje conmovedor del canto XIX, su caballo Janto, a quien Hera dota circunstancialmente de voz.

También se lo advierte su rival agonizante:

Héctor del casco espléndido le respondió expirando:
—Bien te conozco para no abrigar la esperanza
de que tu férreo pecho me resultara blando.
Mas teme no te traiga la divina venganza
pues habrán de ultimarte Paris y Febo Apolo
en las puertas Esceas, no obstante tu pujanza.

Aquiles es el máximo exponente de la aristocracia guerrera y saqueadora, que durante años ha asolado las ciudades próximas a Troya, quemando, robando, tomando y vendiendo esclavos. Aun su frenético duelo por la muerte de Patroclo parece desmesurado. Igual que el encono con que ultraja el cadáver de Héctor, sin lograr afectarlo por la protección divina. Está tan habituado al pillaje, le parece tan "justo", que cuando depone ambas cóleras siguiendo órdenes de Zeus, lo hace al toma y daca y exige

buen premio por ello. El rescate de Héctor es indigno de su matador, quien vende al padre el cadáver del hijo en una transacción incalificable.

De cualquier modo, todo esto no es sino una parte de la verdad. Ningún carácter es lineal, y menos el de este héroe homérico cuyas lágrimas de dolor filial, por ejemplo, son más admirables que su cólera.

Mientras Aquiles permanece fuera de la contienda, hay varias figuras que lo sustituyen. En primer lugar, Diomedes, audaz, intransigente, indomable.

En el consejo es siempre quien se opone a desistir de la guerra y a cualquier paz, por honrosa que sea. Aconseja rechazar propuestas y embajadas, asegura que la ruina pende sobre los troyanos y pregusta el saqueo. Aunosa, apoyado por Atenea, herir a Afrodita y a Ares. En formato algo menor, es una réplica del Pelida, cuya simetría se evidencia en la constante rivalidad con Héctor y hasta en la herida que lo saca de circulación: una flecha de Paris en el pie, muy semejante a la que ultimaré a Aquiles.

En el libro XI de *La Eneida*, Virgilio caracterizará a un Diomedes maduro, muy distinto. Rehúsa entonces entrar en combate con Eneas, advirtiendo a los rútuos sobre los males de la guerra y recomendándoles respetar a los dioses, que él no siempre respetó de joven.

Ajax de Telemon manifiesta una idiosincrasia primitiva. Tiene algo monstruoso de Behemoth; de elefante, de torre.

Guerrero de fuerza rocosa, se desplaza lento y firme como una montaña nevada, por medio del combate más espeso. Espantan sus ojos siniestros.

Combate solo contra muchos, y casi no goza —ni reclama— apoyo divino, como Odiseo y Diomedes, predilectos de la entrometida Atenea. Ya insinúa que ese auxilio poco vale sin la obra propia, es decir, cierta orgullosa impiedad, bien rara en *La Iliada*, que Sófocles desarrollará en su tragedia.

Antes de su duelo singular con Héctor, propone a los amigos una fórmula original:

Orad por mi destino al Cronión soberano,
mientras visto las armas y salgo a la pelea;
implorad en voz baja, no os oigan los troyanos

o hacedlo abiertamente, sin miedo y como sea;
que ni maña ni fuerza quebrantarán mi arrojo,
pues para guerrear me crió Salamina.

Ésta parece una súplica bien curiosa; conviene hacerla y aun mejor en voz baja para no envalentonar al adversario, pero en última instancia Ajax promete vencer con o sin ayuda de Zeus.

Todavía hay dos figuras menores en *La Iliada*, que comparativamente no ejecutan grandes hazañas, pero quedan como en reserva para futuras epopeyas: Odiseo y Eneas. Ambos demuestran importantes dotes bélicas; ambos son heridos, ambos gozan de enorme favor por parte de los dioses. Odiseo se destaca, sobre todo y aun luchando, por su ingenio y su destreza. En el ágora no tiene par, salvo Néstor, el anciano, sabio como tal. Eneas, algo retraído porque su suegro Príamo no le honra como debería, logra infundir temor al propio Aquiles; quien al recibir su lanzazo olvida por un instante que su escudo es invulnerable; oportunidad en que Poseidón anuncia que Eneas reinará, algún día, sobre los troyanos.

Aunque Héctor —y a veces todos los troyanos—, sea calificado como “el domador”, domador de los espléndidos caballos de Anatolia, ni ellos ni los griegos montan nunca; únicamente en el canto X, la Dolonía —sospechoso de ser una interpolación—, Diomedes está obligado a hacerlo. El uso de los corceles se limita a tirar de los carros de guerra. Salvo en esto, la Edad Media —cómo se ha dicho—, imita a Homero, hasta en las armas y los modos del combate: lanza y espada, arco y flecha, casco, coraza, escudo; fuerza en vez de ligereza. Nadie se apresura. Los combates son lentos y a veces, incomprensiblemente, los guerreros en batalla comienzan a armarse para un duelo singular. También Diomedes, Ajax, Eneas o Héctor arrojan piedras que dos hombres de hoy —supone Homero—, apenas podrían mover. Antes de atacarse, los guerreros que generalmente se conocen, recitan su genealogía y se precian de ella. También intercambian presentes, armas o arneses, en señal caballeresca de recíproco respeto: así, Héctor y Ajax, Glauco y Diomedes. Las lanzas pasan escudos y armaduras como si éstos fuesen de cartón. No parece exagerado. La de Aquiles fue cortada de un fresno entero del Pelión. La de Héctor, sujeta con anillo de oro,

mide casi cinco metros. Alguna vez, estos dos o Paris, esquivan los golpes; en todo lo demás prevalece el vigor estático y la confianza en el propio armamento. Coloridas y exactas referencias a arreos de pelea abundan en Homero: la más notoria describe los que forja Hefesto para Aquiles, invulnerables pues contienen una lámina de oro y el oro, por su valor ínsito, es mágicamente el metal más resistente; además, narra del equipo de Atenea y de Agamenón; del formidable escudo micénico de Ajax, alto como una torre, y de las armas hectóreas, lisas y orladas con una piel negra que le batía el cuello y los talones mientras marchaba.

II. *La Política*

La política, como actividad destinada a lograr un fin común, parece esencial a la nuestra condición. Penetra y tiñe todo lo humano. Inclusive, por supuesto, a la literatura, de tal modo que las situaciones y hábitos cívico-sociales de cada época, pueden verificarse a través de su literatura.

En los cantos homéricos hallamos elementos útiles para conocer la estructura política de Grecia y muchas de sus costumbres. Describen las acciones de una aristocracia guerrera, asistida para las tareas viles por esclavos. La organización política es simple. Cada jefe, convocado a compartir la campaña contra Troya, ha acudido con sus huestes, muchas veces de mala gana. Cada uno es rey de una comarca, isla o ciudad. La *polis* ya aparece delineada; y todas federadas por la empresa común. Siempre la guerra precipita la federación.

Agamenón es el comandante. Es el "líder" formal, aunque algunos príncipes lo superen en vigor o sabiduría, contraviertan rudamente sus opiniones, y no siempre acaten sus propuestas. En Héctor se da, en cambio, el liderazgo formal junto con el material. Ambos bandos y también los dioses, discuten sus problemas tácticos y políticos —es decir, de convivencia—, en un ágora o consejo no institucional, pero tan poderoso que aun Aquiles, con todo su prestigio y su condición de triunfador imprescindible, acata decisiones que lo irritan, como ceder su esclava predilecta a Agamenón. Entonces se limita a darse por agra-

viado y permanece en la tienda sin combatir. No deserta plenamente, ni enfrenta a sus compañeros. Disidente, continúa integrado a la comunidad ofensora, como hará Sócrates más adelante.

Esa organización aristocrática posee, en germen, las características de la "democracia" ateniense, que no era la democracia de todos, sino de un grupo matemáticamente igualitario.

En el ágora, el verbo vale más que la acción. Tersites, guerrero inferior, es temido por su aguda palabra. Los méritos originarios de Odiseo son el ingenio, el sentido común, la persuasión. La oratoria ya es fundamental, único medio para difundir ideas, para moldear y orientar la opinión ajena. No puede extrañar el auge que alcanzará con los sofistas.

Asimismo, es ostensible el respeto homérico por los ancianos, cuya consulta voz es religiosamente escuchada en uno y otro campo, como más tarde en Atenas. El paradigma resulta Néstor, que acompaña al ejército aqueo, sin combatir desde luego; sólo apto para el buen consejo. Pocas veces se ha planteado, en síntesis tan perfecta, el choque de generaciones y el sentido de la gerontocracia como en el canto VII, cuando Néstor apostrofa a los príncipes griegos, cohibidos ante el desafío singular de Héctor, que nadie osa recoger.

Es el viejo universal, el viejo de cualquier época, que hace veintisiete siglos ya consideraba, desalentado, la decadencia de los jóvenes y afirmaba que "en sus tiempos" la mocedad era mejor:

¿Quién vio mayor dolor para el país aqueo?
Cual gimiera el anciano caballista Peleo (...)
si viera a nuestros hombres apocados y hurtándose
a combatir con Héctor; aquel carrero altivo
alzaría las manos rogando a las deidades
que su alma sepultaran en las regiones del Hades.
(...) Ay, si me devolvieran vigor y lozanía,
pronto me viera Héctor del casco tremolante
salirle al paso. En cambio vosotros, según veo,
sois endebles ¡y sois la flor de los aqueos!

De tal modo reconoce Homero el alma humana, que la réplica simétrica de este episodio, es decir, el joven que

reniega de los méritos paternos y afirma en la disidencia su propia personalidad, aparece en el canto IV, cuando airado Esténelo, pues lo incitan a emular la gloria de su padre Capaneo, polemiza de esta suerte: "Nos gloriamos de ser más valientes que nuestros padres. Hemos tomado el solar de Tebas (...) mientras aquéllos por sus propias locuras perecieron. No compares pues, los méritos de unos y otros."

En aquel mismo episodio se anticipa otra modalidad bastante irracional, luego propia del igualitarismo ateniense: el sorteo. Cuando tras largo trámite —la furia suicida de Menelao y la invectiva de Néstor—, nueve campeones aceptan simultáneamente el reto de Héctor, tan dudoso privilegio se sortea entre todos ellos, pese a que, según calcula Néstor, sólo tres pueden ofrecer combate equilibrado. Desde luego, los dioses intervienen y salta la tarja de Ajax, el más vigoroso. Del mismo modo, los atenienses, cuando necesitaban cubrir alguna magistratura, la sorteaban para deferir a los dioses una elección que mejor podían practicar ellos mismos, según advirtió Sócrates. De tal modo se reputaban iguales, que veían con indiferencia quién ocupase el cargo.

Y por fin, consideremos los indicios que revela la condición de la mujer. Los cantos homéricos narran episodios "de hombres". Se mueven los escudos, los carros, los cascos tremolantes y las hermosas grebas. La mujer cruza por el fondo. La mujer estaba excluida de la vida política de Grecia. Pero detrás de Pericles asomaba Aspasia. Detrás de Sócrates, para bien o para mal, Jantipa. En Homero, la guerra se libra por Helena; la cólera de Aquiles se desata por Briseida; Hécuba encarna el amor maternal; Andrómaca el conyugal, y los sufrimientos del retorno y del renunciamiento a la inmortalidad, tienen por objeto a Penélope.

La sociedad patriarcal no admite, públicamente, más que la decisión masculina. Por eso, a las reconvenciones y advertencias de su angustiada cónyuge,

... Compadecido Héctor, exclama:

—¡Dulce esposa!

—al par que la sosiega con mano cariñosa—,
no dejes que la pena rinda tu corazón. (...)

Vuelve a tu casa y rueca, tus esclavas y aperos,

y deja a los troyanos, y a Héctor el primero, las cosas de la guerra y el resguardo de Ilión.

También es muy humana la explicación del gran escándalo de lloronas en la tienda de Aquiles: "las mujeres sollozaban aparentemente por Patroclo, y en verdad por sus propios males".

Pero admira que esta sociedad primitiva asignara a la mujer un lugar mucho más honorable que el que ocuparía, siglos después, en otras teóricamente más evolucionadas. Jamás, por ejemplo, se ofende ni de palabra a una mujer. Nadie insulta a Helena, salvo otras mujeres. Príamo la trata como a una hija. Los sabios ancianos de Troya encuentran muy natural que deban sufrir todos y tanto, por una hembra tan hermosa, tan terriblemente —es decir, hasta infundir terror—, tan *terriblemente* parecida a una diosa. Y hasta el desorbitado Aquiles, en el momento de saciar su odio contra Héctor, le advierte que no podrá llorar sobre su cadáver "la venerable madre que te parió".

¡Qué distinto el lenguaje de tiempos más próximos!

Hemos considerado si el tema de esta comunicación no resulta un poco desconectado de la realidad contemporánea; si no tiene ribetes de mero pasatiempo intelectual, en un mundo tan apretado por urgencias prepotentes. La respuesta viene sola, al recapitular los temas hoy rozados: la guerra, la violencia, la injusticia, el caudillaje, el sometimiento de un pueblo por otro, las represalias, la carrera tras honores, riquezas y goces, la esperanza en la divinidad, las pasiones: la ira, el odio, el amor a la patria y al amigo, el amor entre padres e hijos, entre hombres y mujeres; viejos que suponen haber sido los mejores, jóvenes que atropellan al mundo, parlamento, decisiones democráticas... ¿Pero es que algo de esto no reviste la más estricta y acuciante actualidad? ¿Acaso el hombre ha cambiado interiormente *en algo* desde el padre Homero? ¿Acaso al retornar a él, no estamos reconociéndonos a nosotros mismos?

Creemos que en esa capacidad para reflejar universalmente el alma de los frágiles pobladores del mundo, reside la inmortalidad de Homero. Y por eso su clamor de fraternidad, expresado con suprema belleza, seguirá resonando; pues su gloria pertenece al género humano.